

noticias de Gipuzkoa

Colaboración

Homenaje a Kontxa Murgia

Por Xosé Estévez - Martes, 9 de Febrero de 2016 - Actualizado a las 06:12h

Kontxa Murgia Egaña nació el 29 de enero de 1806 y falleció de “una lesión del corazón que no le dio lugar a recibir sacramento alguno”, según consta en la partida de defunción, el 13 de julio de 1854 en la calle de las Huertas, nº 14, no muy alejada de la catedral, en Santiago de Compostela.

Procedía por parte paterna de los Murgia, noble familia de Astigarraga, patrona de su Iglesia, que cobraba pontazgo por el paso de Ergobia a los mercaderes y a los peregrinos jacobeos. La ascendencia materna entroncaba con personajes de alcurnia, originarios de la zona de Aizarnazabal y Zestoa, que habían ocupado importantes cargos en el territorio histórico de Gipuzkoa, como el de secretarios de la provincia ejercidos por Domingo de Egaña y su hijo Bernardo Antonio de Egaña. Ambos escribieron dos importantes obras, cuya lectura resulta imprescindible para realizar la historia de Gipuzkoa.

Su padre, Domingo Murgia Azconobieta, natural de Irun, había obtenido por concurso la plaza de organista de la iglesia de San Esteban de Oiartzun el 17 de diciembre de 1797, según documento firmado por los vecinos fijosdalgo y conservado en el rico archivo municipal de la localidad. Se le concedió vivienda y huerta aneja en el antiguo hospital de peregrinos y actual Casa de Cultura, muy cercana al templo parroquial. En esa residencia nacería nuestra biografiada.

A los nueve años se trasladó a vivir a Tolosa, al conseguir el padre la plaza de organista de la Iglesia de Santa María el 1 de enero de 1815. Por eso, erróneamente, muchos historiadores gallegos y la propia acta de defunción sitúan su nacimiento en la villa foral.

En Tolosa, Domingo Murgia se adscribiría al partido liberal fuerista, que lideraba el Conde de Villafuertes, Ladislao Zabala. La invasión en 1823 de las Cien Mil Hijos de San Luis, a petición del voluble e incompetente Borbón, Fernando VII, termina con el Trienio Liberal y restaura el Absolutismo. Muchos liberales guipuzcoanos, entre ellos Domingo Murguía y su hija Concha, huyen hacia Galicia.

El padre pronto regresaría a su Gipuzkoa natal, pero la hija permaneció en la nación finisterral, donde contrajo matrimonio con el boticario José Martínez, falleciendo en Santiago de Compostela en 1854. Tendría dos hijos varones. Unos de ellos, médico naval, murió joven de una enfermedad tropical.

El primer hijo, Manuel Martínez Murguía (1833-1923), fue uno de los grandes del Resurgimiento gallego. Un extraordinario polígrafo, historiador, novelista, etnógrafo, el primer teorizador del nacionalismo gallego y primer presidente de la Academia Gallega, desde la fecha de su fundación hasta su fallecimiento en 1923. Se casó, además, con la ilustre poeta, Rosalía de Castro, otra de las grandes del “Rexurdimento” junto a Curros Enríquez y Eduardo Pondal. El fue el impulsor de que su mujer diese a la luz impresa Cantares Gallegos, el 17 de mayo de 1863, libro fundamental en

la resurrección cultural de Galicia. Falleció el 2 de febrero de 1923 en A Coruña, donde yace en una humildísima y descuidada tumba junto a sus hijos Ovidio y Amara, muestra evidente del desastre global que padece actualmente Galicia.

Manuel M. Murguía, como gustaba de firmar, asegura en sus escritos que él comenzó a amar la patria gallega al ver cómo su madre, “que era de aquella tierra donde ni se teme ni se miente”, amaba su querida y lejana patria vasca.

Los gallegos afincados en Euskal Herria, representados por la Asociación Cultural Daniel Castela, de Pasaia, celebramos anualmente un homenaje a esta insigne mujer, cuna indirecta del nacionalismo galaico. El 11 de noviembre del 2000, día de San Martín, el diputado de Cultura de la Excm. Diputación Foral de Gipuzkoa, Luis María Bandrés, y el Alcalde de Oiartzun, Xabier Irigorri, acogieron con entusiasmo la iniciativa de varias entidades gallegas de la emigración de colocar una placa en euskara y gallego en la Casa de Cultura. En ella se afirma: “Nesta casa naceu Kontxa Murgía Egaña (1806-1854), nai de Manuel M. Murgía (1833-1923), berce do nazionalismo galego”. Este año celebraremos la efeméride los días 18, 19 y 20 de febrero.

Los galai-coeuskadianos siempre insistimos en la necesidad de hermanar ambos pueblos y queremos expresar nuestra gratitud a ambas instituciones, que han hecho posible este simbólico monumento y homenaje a la solidaridad de los dos pueblos. En especial queremos manifestar nuestra profunda gratitud al Ayuntamiento de Oiartzun, que todos los años desde el 2000 de su inauguración nos acoge y agasaja en este acto.

El hospitalario pueblo vasco recogió bajo la ofrenda de su mano abierta en el seno cariñoso de sus valles, lujuriosos en verdor y ricos en labor, a millares de gallegos, más de 70.000, huidos de su patria en busca de una vida más digna. Hoy lucha por la conquista de su soberanía a la que tiene pleno y democrático derecho para interpretar el concierto, armónico y polifónico, de los pueblos del mundo en solidario pie de igualdad, pues la riqueza de este planeta, llamado Tierra, se encuentra en la fértil variedad y no en la aburrida uniformidad. Desde la ventana de esta pequeña nación vasca se puede admirar perfectamente la hermosura y grandeza del Universo.

Muchos gallegos que residimos en Euskal Herria no olvidamos nuestra primigenia patria ni tampoco nuestras raíces, pues perderíamos nuestra identidad y en el mundo no se puede andar sin ella. Las ramas de los árboles sólo pueden abrirse solidariamente al abrazo de todos los vientos, si poseen un tronco firmemente afincada en una Tierra-Nación. Pero amamos honda y sinceramente esta patria adoptiva vasca, que, en una miserable coyuntura, nos agasajó con hogar, cariño, familia y trabajo y, además, fortaleció en nosotros la conciencia y orgullo de nuestra propia identidad, apartando falsos complejos de inferioridad. Por todo ello, mila esker, Euskal Herria.

Este sencillo soneto de vate aficionado canta en euskera, con contenida emoción. La melodía de un eterno agradecimiento al País Vasco.

Estas sencillas efemérides no suelen resaltarlas los medios de comunicación. No venden ni resultan informativamente rentables, porque la didáctica del morbo se impone a la pedagogía de la solidaridad.

Pero desde el día 11 de noviembre del 2000 los corazones de los oiartzuarras y gallegos laten al unísono el ritmo de la fraternidad, porque un día remoto en el tiempo y cercano en el recuerdo una ilustre hija del pueblo acunó al promotor de la resurrección de la dignidad del pueblo finisterral, que conoce como nadie los sinsabores de las tragedias y derrotas, convertidas en farsas por la ley del imperio, que sólo admite una nación.